



CONCEPTOS
Y FENÓMENOS
FUNDAMENTALES
DE NUESTRO
TIEMPO

UNAM

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES

APROXIMACIONES A LA IDENTIDAD NACIONAL Y SUS CORRELATOS FÁCTICOS

RAÚL BÉJAR NAVARRO

Y

HÉCTOR M. CAPPELLO Y GARCÍA

Marzo 2009

APROXIMACIONES A LA IDENTIDAD NACIONAL Y SUS CORRELATOS FÁCTICOS

Por Raúl Béjar Navarro y Héctor M. Cappello y García*

Introducción

Este trabajo está dedicado a presentar ciertas interpretaciones asumidas para realizar investigaciones empíricas sobre la identidad nacional. La razón de este planteamiento es el intentar poner un límite a la tendencia de asumir la identidad como un concepto *autobús*, donde caben todo tipo de especulaciones y conceptos. Pensamos, por experiencia propia, que el término identidad nacional, que representa un hecho social, es un término que sólo puede ser abordado de manera multidisciplinaria. Los hechos sociales, como tales, se producen sin que, como señala Emmerich (2007: 22)

... pierdan su característica de ser unitarios e indisolubles. Su adjetivación a posteriori y por motivos analíticos o heurísticos es dada por el investigador... los hechos sociales en su amplia variedad, forman parte de un todo social integral fuera del cual difícilmente podrá explicarse o comprenderse a cabalidad

Reconocemos que dada la complejidad del concepto es inevitable, como tema novedoso en las ciencias sociales, su amplio tratamiento analítico pero que, también por sus excesos, cae muchas veces en el eclecticismo. Al respecto afirma Hilgard (1962:3): “Hace que pongamos nuestros pies muy firmes en las nubes, y diluye una cierta y necesaria precisión en su definición y alcance explicativo.”

Una estrategia para evitar los excesos interpretativos en la representación de los hechos sociales es su delimitación, vía la utilización de estudios empíricos realizados mediante una escrupulosa definición de conceptos y su representación en variables susceptibles de ser representadas por dimensiones, hasta cierto punto, cuantificables.

Sin embargo, no creemos que la investigación empírica solucione del todo el problema epistemológico de la definición de ningún concepto, pero sí contribuye a un análisis más cuidadoso y medido, al poner a prueba, de manera más controlada, sus componentes, sus asociaciones y sus probables tendencias y condicionantes. Concedamos que el término identidad, tanto en su explicación filosófica como matemática, se considera un sinónimo de igualdad: 1 es idéntico a 1. Ambos términos pertenecen a la misma categoría, por lo que su significado es unívoco. En las ciencias sociales y psicológicas, el término *igualdad* difícilmente puede mantenerse en dicha

* Investigadores Titulares del Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias, UNAM

acepción. Por ejemplo los hombres pueden considerarse iguales con respecto a un atributo, o varios específicos, pero, de ninguna manera, con relación a todos los posibles atributos.

Las poblaciones de personas, en el plano empírico, manifiestan, tanto en lo social como en lo individual, una heterogeneidad muy grande. La igualdad se sustituye por el concepto de *semejanza*, lo que implica que la igualdad se convierte en un gradiente probabilístico que va de más a menos. Todos los hombres son hombres desde su dominio biológico, pero todos los hombres difieren entre sí desde su dominio social y psicológico, así que, salvo que nos refiramos a una especie para clasificar a algún ente en particular, podemos argüir como iguales a quienes pertenecen a esta categoría. Para lo demás, el concepto de *igualdad* será una petición de principio ideológico, por ejemplo, “ante la ley todos somos iguales”, pero en la práctica se difiere en la aplicación del derecho, de acuerdo con un ordenamiento empírico. Unos hombres pueden ser delincuentes y tendrán derechos distintos que los no delincuentes y así sucesivamente. Unos serán senadores o diputados y ante el derecho, aun cuando sean hombres como los no senadores o diputados, son sujetos a diferentes derechos que los demás. Lo que intentamos decir es que, en el plano de las ciencias sociales, la utilidad de plantearse la idea de la igualdad para definir la identidad es un tanto inaceptable como categoría analítica.

Dicho lo anterior, procuraremos, de manera muy abreviada, enunciar los orígenes del concepto *identidad nacional* y sus diversas acepciones en la literatura especializada.

Aun cuando el término es compuesto (identidad y nacional), cubre dos tipos de componentes que corresponden en su estudio a dos complejas áreas diferentes del conocimiento. Por una parte, a la psicología del desarrollo y, por la otra, a las distintas áreas del conocimiento de las ciencias sociales aplicadas al problema de lo grupal y colectivo. Tanto la antropología social o cultural, como la sociología y la política, y aun la economía, han utilizado el término de la *identidad* para caracterizar cierto tipo de componentes, procesos y determinaciones que son propios, o apropiados, para señalar en que se diferencian o asemejan los miembros de ciertos colectivos con otros colectivos, o para elucidar cómo los miembros de un grupo se reconocen pertenecientes al mismo y generan una cierta lealtad, solidaridad y cooperación entre ellos.

Dentro del grupo, podemos decir que cada miembro desarrolla un cierto sentido de semejanza y jerarquía en múltiples dimensiones de su actuar con el grupo, aunque mantenga una conciencia o, en estado inconsciente, la diferencia propia con respecto a

los demás. De aquí que se ha convenido que la identidad tiene una interpretación diferente cuando se aplica a la persona que cuando se utiliza en el ámbito de lo social, aun cuando se reconozca que toda identidad tiene un origen social: toda persona, desde su nacimiento, está expuesta a las condicionantes de la socialización que ejerce el grupo en el cual nace y se desarrolla, mediante las que aprende el complejo acervo de sentimientos, emociones y conocimientos que le permitirán conocerse y reconocerse como persona y miembro (o ajeno) de los distintos grupos con los que se relaciona a lo largo de toda su vida.

En las ciencias sociales, estamos habituados a interpretar los aspectos psicológicos como aspectos obvios, pertenecientes a la subjetividad de las personas, sin ponernos a considerar de qué manera realmente ocurren. Inferimos que, dado que la persona desde su nacimiento entra en contacto con el grupo, necesariamente su proceso de pertenencia al grupo afectará todos sus procesos psicológicos, de lo que se deriva que no hay procesos psicológicos originados que sean ajenos a sus experiencias de grupo. La identidad social corresponde a la pertenencia al grupo e implica la posesión de los atributos de *criterio* del grupo, por lo que el comportamiento de cualquier miembro, cuando actúa desde esa pertenencia, exhibirá, con una alta probabilidad, esos atributos.

Se aduce que el individuo es parte de una unidad social y es inconcebible fuera de esta relación. Si bien en lo general esto es cierto, la duda aparece cuando se refiere a acciones en las cuales se trasciende la esfera de la interacción con los grupos primarios (directos).

La experiencia, tal cual, que se da en la relación con los grupos primarios - particularmente con la familia- es radicalmente diferente de la que se da con los grupos secundarios y terciarios. Las fuentes donde aprendemos a desarrollar un sentido de pertenencia a colectivos complejos no están basadas en una interacción de situaciones recíprocas directas. Por lo que otros procesos psicológicos se dan muy distintos a los ocurridos en las relaciones primarias. Aquí el problema de las mediaciones adquiere una importancia clave. Aunque la persona está dotada de un equipamiento psicológico básico que le permite aventurarse en el territorio complejo de las relaciones secundarias, éstas requieren de procesos psicológicos más complejos y nuevos.

Por ejemplo, la percepción del grupo primario está construida por claves experienciales directas, mientras que, con los colectivos secundarios y terciarios, la percepción obedece a claves captadas como señales, en parte obtenidas por fragmentos de información y, en parte, por elaboraciones propias que asignan y construyen

conjuntos de significados a dicha información, lo que le proporciona una certidumbre para responder con cierta adecuación en sus relaciones sociales.

Si bien los procesos de influencia están presentes en la socialización primaria de las personas, éstos se sujetan a las consecuencias directas de la interacción (premiaciones, castigos, etc.). En las relaciones con los colectivos amplios y la compleja estructura que los constituye, la influencia se da y se potencia por la mediación de sistemas altamente abstractos como la comunicación colectiva, la educación, las normas y las costumbres, que nunca son omnímodos, ni unívocos, ni totalmente inclusivos o exclusivos, sino que constituyen un sistema abierto de ligas (attachment) múltiples y cambiantes.

Como lo señala Merton (1950), las formas de relación, para lograr una cierta permanencia en estos colectivos complejos, tienden a codificarse mediante sistemas estatutarios, reglamentos, códigos, etc., pero, en realidad, modificándose permanentemente, de acuerdo con la obsolescencia acumulada por éstos, frente a las nuevas situaciones que los mismos colectivos experimentan con los cambios internos o externamente producidos.

La identidad individual es, entonces, un proceso psicológico experimentado durante las distintas etapas del desarrollo que la persona vive, en las que el sujeto se apropia de una continuidad en sus atributos físicos y personalísticos, independientemente de los cambios que la edad y las circunstancias distintas experimentadas le producen, y que le permiten diferenciarse, y ser diferenciado, de y por los demás miembros.

El reconocimiento, la representación lógica y la integración temporal-histórica generan ese tipo de apropiación de su continuidad psicofísica que constituye la autoconstrucción de su propio yo frente al de los otros.

La memoria experiencial, caracterizada por su viveza y su fuerza afectiva, tiene una cualidad especial que la distingue de la memoria de los hechos reportados (Rosa, Balleli y Bakhurst, 2000). En cambio, en el desarrollo de las identidades colectivas, no existe el apropiarse de su yo o del yo de los otros. Lo colectivo lleva a estructurar una red representativa de una comunidad inferida, más que totalmente percibida, hacia la cual se genera un sentido de pertenencia, en relación con semejanzas atribuidas mediante lo que denominamos *empatía*. Es decir, nos ponemos en lugar de los demás “atribuyendo a esa experiencia” la sensación de que experimentamos lo que pasa en los demás y que es semejante a lo que nosotros experimentamos frente a las mismas condiciones y circunstancias. La inferencia es que ellos son relativamente como uno, es decir, una misma semejanza compartida, aunque esta semejanza puede contener un cierto margen

de error. Este proceso puede describir lo que son las identidades colectivas desde la perspectiva del actor individual, es decir, el proceso de identificación con los demás.

La identidad colectiva no es una sola. En las sociedades complejas, se superponen muchos tipos de identidades colectivas, desde las más simples hasta las más complejas. Simples son aquellas que sólo requieren de las personas que se identifiquen como semejantes, con respecto a ciertas entidades significativas: el equipo deportivo, el club, la colonia o el barrio, y complejas, aquellas como la ciudad, el municipio o el país.

No todas las entidades colectivas generan identidades como la nacional. A cada nivel mayor de complejidad, corresponde el desarrollo de una identidad, pero mediada por procesos psicosociales más complejos y de mayor abstracción.

Es fácil reconocer al barrio. Saber sus límites, sus fechas más significativas, las personalidades más importantes, los domicilios de amigos y conocidos, la ubicación de la iglesia y la conmemoración del patrono del lugar. No así cuando el territorio en que se ubica una colectividad se amplía y no es susceptible de ser percibida, directamente, en su totalidad. Se sustituye la percepción de la totalidad por su representación abstracta y claves mediadas por fuentes de información y comunicación codificada, así como por la concreción de símbolos mediáticos que la delimitan.

El proceso de constituir una identidad nacional, como lo planteaba Renan (1882), requiere de un amplia involucramiento intelectual. Es decir, necesitamos construir intelectualmente esta identidad, ya que sólo así podemos darnos cuenta de lo que significa la nación y las dimensiones involucradas (sociales, políticas, económicas y culturales). Esta concepción de la identidad nacional es interesante porque nos permite plantearnos que no basta con sentirnos parte de una nacionalidad para tener una identidad nacional, sino que el sentido de pertenencia a una nación (posteriormente abordaremos este problema) implica un planteamiento de qué es lo que no solamente nos da o asegura la nación, sino también lo que nosotros damos y estamos dispuestos a dar por ella. John F. Kennedy, en su toma presidencial, lo planteó de esa manera.

Como hemos señalado, la identidad colectiva, en el plano nacional, comprende, por una parte, la nación, ese colectivo histórico de personas que comparten normas y formas de organización, atributos culturales (lengua, tradiciones, valores, etc.) y condiciones psicosociales (percepciones, actitudes, prejuicios, motivaciones) demográficas y políticas, y, por otra, tiene la probabilidad de convertirse en un Estado-Nación (Gellner, 1989).

La característica fundamental en naciones políticamente constituidas es el estar organizadas como Estado-Nación, relación tan sumamente imbricada, que es difícil distinguir sus dos componentes (Nación y Estado). El Estado-Nación es una unidad política. Difícilmente podemos referirnos a que algo es nacional, sin tomar en cuenta esta realidad política (Cappello, 1983).

La identidad nacional es un concepto de difícil definición, pero que sólo puede entenderse a partir del entramado histórico que vincula la nación con el Estado, estando a su vez este concepto relacionado con el proceso evolutivo que ha sufrido el Estado desde su formación (Blas Guerrero, 1997). Debido a esta condición, la identidad nacional se refiere a una forma especial de relación entre los miembros del colectivo y el Estado-Nación.

La identidad nacional es un atributo de los miembros denominados ciudadanos en una relación de compromisos recíprocos con el Estado-Nación. Los compromisos no son sólo una expresión emocional, sino que manifiestan una comprensión intelectual de amplio nivel racional. Por ello, la identidad nacional es un producto fundamentalmente político, aun cuando en su constitución participen procesos culturales, sociales, económicos, políticos y psicológicos que, al fin y al cabo, contribuyen a la formación de una conciencia nacional.

Cuando planteamos la idea de una identidad nacional basada en una relación de reciprocidad Estado-Nación ciudadano, la concebimos como un conjunto de compromisos recíprocos, donde el Estado, por sus facultades y funciones atribuidas, procura la seguridad, el bienestar y el desarrollo colectivo de los ciudadanos, dentro de un parámetro de igualdad y equidad entre personas y grupos; así que el ciudadano, vía el goce y experiencia de estas acciones del Estado, manifiesta, como respuesta compleja, su compromiso, lealtad y cohesión (el sentido de pertenencia y de participación) hacia las instituciones que constituyen al Estado-Nación.

En Sociedades “Complejas” (Béjar y Cappello, 1988a), señalan cómo se dan estas relaciones Estado-Nación-Ciudadano, al considerar una identidad nacional y un carácter cívico político como las dos partes de una misma moneda, a la que denominan “conciencia nacional”.

Los especialistas de las ciencias sociales, al tratar los problemas de la identidad y el carácter cívico político en Latinoamérica, expresan distintas perspectivas para expresarlos (Cappello, 2009). Estas visiones reflejan no sólo la diversidad de los enfoques sino también la influencia de los problemas de contexto que enfrenta la

región, tanto en su interior, como en su relación con sus vecinos (países) y con los procesos de la globalización.

Una cuestión que aflora, es que la identidad se asume como algo dado, sin tratar de darle una interpretación, salvo algunas excepciones, más allá del sentido común. Sin embargo, un tenue hilo conductor sería entender que la identidad nacional y el carácter cívico político son conceptos multívocos, dado que describen contenidos sociales, culturales, políticos y aun económicos.

En esta contribución, se parte de una construcción explicativa de la identidad nacional y el carácter cívico político, al considerarlos indicadores del grado de cohesión social de los ciudadanos con las instituciones del Estado-Nación. Béjar y Cappello (1988a, 1990) consideran las instituciones en cuatro dimensiones sistémicas: culturales, sociales, económicas y políticas, y las clasifican en dos tipologías básicas: expresivas y directivas.

Las instituciones del primer tipo son aquéllas que se constituyen por un proceso ideoaectivo, que apelan a la solidaridad, a la empatía, a la cooperación, a la confianza, a la emoción y al apoyo mutuo. La segunda tipología nos habla de una orientación que tiende a cimentar las relaciones de manera racional, propositiva, de compromiso, tuteladas por la autoridad y la búsqueda de cambio y desarrollo del país (Estado-Nación).

Las normas juegan en esta orientación un papel definitorio como expresión de una autoridad colectiva, consensualmente validada. Dado que la racionalidad política es el fundamento del estado moderno, se considera a las instituciones políticas como las mayormente representativas de la orientación directiva, por lo que una falta de un buen sentido, tanto de pertenencia, como de participación hacia estas instituciones, se interpreta como una condición de deterioro de la cohesión ciudadana con el Estado-Nación y, por tanto, una identidad nacional y carácter cívico-político en proceso de deterioro.

Precisamente aquí se señala cómo el sentido de pertenencia hacia las instituciones expresivas es mucho mayor que hacia las instituciones políticas, cuyo nivel para concitar el sentido de pertenencia es muy pobre, como otro tipo de instituciones (económicas y sociales) muestra el divorcio entre ciudadanía y Estado, el cual puede generar un creciente proceso de anomia, en todos los niveles y órdenes de la organización sociopolítica.

La causa de esta situación es el rompimiento de la ecuación de reciprocidad entre Estado-Nación y ciudadanos, ya que sólo es posible cohesionar a la ciudadanía en torno a las instituciones del Estado-Nación, cuando hay un equilibrio entre las imposiciones del Estado y la respuesta a las necesidades básicas y secundarias de la ciudadanía.

La existencia de la desigualdad social, la corrupción oficial y la orientación de las acciones del Estado a sólo satisfacer los poderes fácticos y las oligarquías políticas, en olvido de las aspiraciones, intereses, expectativas y necesidades del ciudadano común, rompe con la ecuación de reciprocidad entre Estado-Nación y ciudadanía (Béjar, R. y Cappello, H. M., 1988b). Consecuencias de este proceso son el desmoronamiento de la identidad nacional, el curso ascendente de la anomia sociopolítica y el rompimiento de la cohesión sociopolítica. Tal situación ha originado el desplome de las instituciones de varios estados nacionales y el surgimiento de otras nuevas a lo largo de los dos últimos siglos, y más aún en las dos últimas décadas del siglo XX y principios del XXI.

Debemos estar conscientes de que lo que sustenta las bases político-jurídicas del Estado-Nación moderno es la exigencia de un trato igual a todos los miembros de la sociedad.

Las revoluciones democráticas intentaron sustituir la sociedad estamentaria por otra política y jurídicamente *homogénea*; por tanto, una idea del Estado-Nación reemplazó a la antigua: la de una suma de ciudadanos, con propiedades uniformes, unidos por un contrato en una persona moral.

Puntualizando, los instrumentos de la homogeneización de la sociedad –dentro del amplio marco del sistema capitalista- son mercado económico uniforme, orden jurídico único, administración central, lenguaje común, educación nacional; todos bajo la adhesión a símbolos y mitos únicos: íconos y banderas, ceremonias patrias, héroes y gestas del pasado.

Así, el Estado-Nación moderno establece los patrones que siguen los ciudadanos al tratarlos como semejantes de un agregado común. Esta homogeneización impuesta obedece a una razón de poder, pues toma parte de la ideología de los grupos que se benefician con la abolición de las trabas económicas, privilegios sociales y fueros del pasado, y esto muestra lo que sirve mejor a los intereses de un grupo.

En las naciones que incluyen culturas diferentes, la homogeneización de la sociedad se traduce, en la vida cotidiana, en la imposición de una cultura hegemónica sobre las demás. El proyecto de Estado-Nación moderno es la asimilación de todas las culturas y comunidades diversas a una forma de vida dominante.

Lo anterior conlleva a las reflexiones sobre los efectos internos de la nacionalidad y la identidad nacional. ¿Se aseguran las lealtades nacionales a costa de suprimir las identidades más específicas de individuos y grupos dentro de los límites del Estado-Nación? ¿No implica la nacionalidad una imposición de identidad fija, derivada del grupo dominante en una sociedad, sobre los otros grupos cuyos valores son de esta manera menospreciados y socavados es decir, convertidos en números adscriptivos dentro de la masa enajenada?

El nacionalismo conservador resuelve la cuestión a favor de la nacionalidad. El argumento consiste en que las identidades nacionales son dadas por el pasado. Las identidades colectivas son más importantes para los ciudadanos. Según este planteamiento, resulta esencial para la estabilidad del Estado que esas identidades se protejan ante cambios sociales negativos, y que sean transmitidas a las nuevas generaciones de ciudadanos. De esta manera, aunque el Estado pueda tener rasgos liberales –si es lo que el sentido particular de la identidad nacional prescribe-, la libertad individual debe ceder ante las demandas de la nacionalidad, en caso de conflicto. El ejemplo más notable y citado es el de la educación que se estructura institucionalmente; no por los supuestos derechos básicos de los individuos, sino por la necesidad de preservar una identidad nacional común.

Otra corriente de pensamiento, el multiculturalismo en su expresión radical, considera al Estado como un espacio donde se ha de dejar que coexistan y desarrollen muchos tipos de identidades individuales y de grupo. El Estado no sólo ha de tolerar, sino que ha de otorgar igual reconocimiento a estas identidades. No se ha de conceder un peso especial a las identidades nacionales, pues tales identidades pueden ser espurias, en tanto suelen ser producto de la manipulación político-ideológica, como lo contrasta David Miller (1997): “Mientras que las identidades que surgen del género, de la etnicidad, de la creencia religiosa, etc., son celebradas como expresiones auténticas de la diferencia individual.”

La compleja temática entre identidad nacional y cultura requiere de una visión interdisciplinaria que, en buena medida, ha sido lograda en el trabajo de Salcedo Aquino (2001), quien sistematiza las perspectivas teórico-analíticas de la política, la filosofía, la sociología, la cultura, la antropología y la ética, logrando un creativo estudio sobre el pluralismo cultural.

De igual manera, Lourdes Arizpe (2006) al estudiar la interacción cultural global, registra la creación lenta pero segura, de la conciencia de una sociedad civil mundial.

El problema más grave para la consolidación de un Estado-Nación es que, dentro de la representación abstracta del país, conviven ciudadanos reales escindidos por condiciones de vida materiales notablemente desiguales, que hacen poco probable la configuración política del sentimiento de pertenencia hacia esta representación abstracta del país.

La pobreza extrema impide en el ámbito político social la construcción de un sentido de adscripción a una comunidad nacional, justamente por carecer de bases materiales y culturales mínimas para ejercer sus derechos políticos, sociales, civiles...etc. Esta conformación estructural, impide el esfuerzo de crear, recrear, ampliar y ahondar en la memoria colectiva los elementos indispensables para mantener la identidad nacional.

Una dimensión parcialmente atendida por los filósofos y psicólogos sociales es el tema de la identidad personal y su proyección más amplia, social y nacional, vinculada al menosprecio, la violación de derechos humanos básicos, en el desamparo y la deshonra. La profunda desigualdad social, que no consiste solamente en la limitación violenta de la autonomía personal, sino en su conexión con el sentimiento de no poseer el estatus de un sujeto de interacción moralmente igual y plenamente valioso, es un obstáculo más para intentar consolidar una identidad nacional (Honneth, 1997).

El Estado moderno evidentemente ha tenido más o menos una fecha precisa de aparición, ha sido consecuencia de varios procesos históricos, particularmente del surgimiento del nacionalismo.

Inglaterra fue el primer país donde apareció este tipo de paradigma organizativo de la sociedad como Nación-Estado. Al respecto, Greenfeld (1992) señala: “El nacimiento de la nación inglesa no supuso el nacimiento de una nación, fue el nacimiento de las naciones, el nacimiento del nacionalismo.” El nacionalismo inglés, parcialmente transformado desde el siglo XVIII en nacionalismo británico, ha sido una fuerza histórica muy poderosa y a menudo muy dañina. (Hasting, A; 1997). Ejemplifica, de manera muy nítida, los costos y beneficios para las poblaciones constituyentes del nuevo Estado-Nación, su aparición como tal.

Por otra parte, la modernidad sociopolítica, la aparición de la sociedad industrial, el desarrollo de los transportes y la implantación de la educación obligatoria, le otorgaron un contexto nuevo y peculiar a esta nueva forma de distribución del poder para gobernar a una sociedad compleja.

Paradójicamente, en otras partes del mundo, que no habían sido originarias de las innovaciones que dieron lugar a la aparición del Estado moderno, como parte de su

consumación de independencia ante los países europeos, toman el modelo de Estado-Nación, sin considerar las diferencias y carencias de las distintas poblaciones emancipadas, dando origen a Estados-Nación precarios tanto en lo político, en lo social, en lo económico y en lo cultural, con una integración forzada de distintos colectivos étnicos, a los cuales cargarán la mayoría de los costos de la emancipación y constitución del nuevo Estado-Nación.

¿Cómo se forma la identidad nacional?, es decir, ¿cómo se establece el sentido de pertenencia hacia un Estado-Nación? El Estado-Nación aparece antes que la identidad como producto del nacionalismo y genera su modelo de identidad particular. La identidad nacional aparece por la convivencia entre los ciudadanos, mediada por las instituciones del Estado-Nación; genera lo que en sociología se denomina *socialización*.

A las instituciones, podemos considerarlas como los espacios de sentido donde especializamos nuestras relaciones, sean culturales, sociales, económicas o políticas. Estas instituciones nos permiten interactuar dentro de ciertos patrones homogéneos, con cierta predictibilidad y confiabilidad, induciendo la formación de un sistema de hábitos formales e informales, de expectativas semejantes y formas comunes de comunicación, todo lo cual permite que, *parcibus paribus*, nos sintamos como parte de la colectividad.

La reflexión cognitiva de estos fenómenos, por parte de los miembros de la colectividad, permite conformar y reconocer una especie de *consenso intersubjetivo*. Aprehendemos de lo común compartido la conciencia de la colectividad a la que sentimos pertenecer. Cabe hacer la aclaración de que las identificaciones sociales nunca ocurren en el vacío, sino en situaciones sociales específicas, que corresponden a las necesidades particulares de las personas (J. Francisco Morales, 1994).

De igual forma, la simple adscripción a un grupo no produce ningún proceso de identificación permanente; surge cuando los miembros, de alguna manera, corren la misma suerte en la obtención de alguna meta, incentivo o satisfacción de necesidades (Rabbie y Horwitz, 1969). Además, una adscripción forzada a algún grupo, sin que existan parámetros subjetivos semejantes o comunes, conduce no a una identidad colectiva, sino a lo que entendemos por *alienación social* (Klandermans, B., 1984).

Toda una corriente de propuestas teóricas plantea que la identidad nacional, en realidad, corresponde a una identidad étnica. Ésta se establece en torno a un centro lingüístico básico. Tal teoría toma en cuenta la diversidad inter e intragrupo en lengua, actitudes étnicas, repertorios y estrategias del habla (Giles y Johnson, 1987). Pueden también analizarse diversas estrategias de etnicidad vinculadas a la identidad nacional

(Chihu A., 2002). La teoría de la identidad social fue inicialmente planteada por Tajfel y Turner (1972), quienes afirman que los miembros de un grupo, en la búsqueda de una identidad social positiva, se comparan a sí mismos en un número de dimensiones valoradas con los miembros del exogrupo. El objetivo de esta comparación social intergrupala es obtener un distintivo grupal, a través de una diferenciación positiva del grupo externo. Se supone que todos intentamos lograr un sentido positivo de la identidad social, de tal modo que hacemos a nuestro grupo favorablemente distinto de otras colectividades en dimensiones valoradas (recursos de poder, políticos y económicos, etc.); ello conlleva a aumentar la estima propia (Tajfel, 1978).

El problema con esta teoría es definir con precisión el concepto de *etnicidad*. También podríamos suponer que bajo ciertas condiciones de subordinación en una nación políticamente establecida, un grupo étnico minoritario puede desarrollar una identidad negativa, al despojarse de cualidades que le pudieran significar ciertas ventajas frente a otras etnias dominantes. Por ejemplo: considerar que su propia lengua no puede expresar ciertos contenidos porque no son originales de la misma y sí de otros grupos étnicos (términos matemáticos, científicos, filosóficos, etc.). De cualquier manera, para Ros, Cano y Huici (1987) en la identificación con grupos específicos (catalán, vasco, gallego, etc.), con relación a la identificación nacional, la lengua es un mejor indicador que otras muchas variables. En naciones multilingües se da el caso también, aunque con cierta relatividad por existir una lengua dominante (*lingua franca*) sobre las demás.

Los estudios empíricos, cuando reportan hallazgos generales, al respecto de la identidad nacional en grupos pertenecientes a distintos países, etnias o con referencia a colectivos rurales o urbanos, aluden habitualmente a alguno de estos aspectos: actitudes, valores, opiniones sobre sí mismos, su grupo nacional o su diferencia con respecto a otros grupos nacionales, percepciones y hábitos culturales, rasgos de personalidad, expectativas y fines socioeconómicos, comportamientos políticos y vicios colectivos, así como a formas de representación social de la comunidad propia o la imaginada colectividad nacional. Cabe apuntar que no necesariamente los datos o conocimientos aportados por estos estudios, se refieren realmente a la *identidad nacional*, es decir, que *sean comunes a la nación*. Por una parte debe uno preguntarse ¿De qué tipo de colectivo se obtuvieron esos datos? ¿Son representativos de la colectividad nacional, o son estereotipos socialmente atribuidos, abstractamente, a dicha colectividad? ¿Son representativos de la misma colectividad a la que pertenecen? ¿Las categorías, factores,

variables, etc., se refieren a componentes atribuibles a lo nacional o son atribuibles sólo al grupo estudiado? Estas y otras muchas consideraciones teóricas y metodológicas surgen de un examen metódico de esos estudios e investigaciones. Es común concluir que los estudios se exceden en sus conclusiones, y más aún cuando se generaliza a la nación como organización sociopolítica.

Las experiencias de la investigación empírica acerca de la identidad nacional

Examinaremos en este apartado algunas de las investigaciones que consideramos más representativas sobre la identidad nacional. Nuestro examen no cubrirá necesariamente todas las que podrían ser incluidas, ya que desbordaría la extensión permitida para este tipo de contribuciones. Así que, a riesgo de parecer injustos, presentaremos aquéllas que, a nuestro juicio, permiten hacer inferencias más precisas sobre la identidad nacional de colectivos organizados justamente como Estados-Nación.

Nos abocaremos a seleccionar investigaciones que apuntan a tres colectivos significativos, tanto para nuestros intereses teóricos, como afines a nuestras características históricas: España, Latinoamérica y México. Descartaremos, de principio, un notable conjunto de contribuciones teórico-analíticas aplicadas a explicar la “identidad nacional de colectivos nacionales específicos”, por ser producto más de narrativas interpretativas, que de datos empíricos sistemáticos. No por ello dejamos de reconocerlos como fuentes de hipótesis por comprobar en investigaciones futuras.

El estado de la cuestión en España

Si ya antes de ingresar a la Comunidad Europea, España era un país integrado por múltiples colectivos regionales, pertenecientes a *identidades históricas* (como allí son denominadas) y antiguas comunidades fuertemente integradas a un *ethos* colectivo y a una cultura popular propia, hoy con los cambios introducidos en la nueva estructura política posfranquista, ha aparecido, como consecuencia, que la identidad española sea materia de agria discusión y disputa. De igual manera, la fuerte tendencia a ampliar las facultades y atribuciones de las comunidades regionales ha hecho que para algunas sea un argumento para sustentar su derecho a constituirse como naciones específicas.

El panorama se ha complicado, aún más, al integrarse a la Comunidad Europea, y consecuentemente tener que desarrollar nuevos horizontes identitarios más complejos en su realidad histórica y sociopolítica. Como señala Sangrador García (1996):

Los procesos paralelos de desarrollo autonómico y de integración en Europa han podido generar determinados efectos, convergentes o divergentes según los casos, en las identidades autonómicas nacionales, actitudes y estereotipos, tanto en las Comunidades Autónomas como a nivel estatal.

La integración de España a la Comunidad Europea no sólo ha traído como consecuencia una vigorización de su democracia y su desarrollo económico (hoy la octava economía mundial), sino también cierta crisis por el fortalecimiento de las comunidades autónomas *nacionalistas* que podrían provocar una reorientación de la identidad española, desplazando al Estado español como integrador identitario de las comunidades autónomas, y otorgando este papel a la Comunidad Europea.

La implantación del régimen de comunidades autónomas también tuvo en España otros efectos no menos importantes: el fortalecimiento de identidades regionales en detrimento de la identidad española, o el surgimiento de nuevas identidades al pasar ciertos colectivos de una región histórica a independizarse, accediendo a un grado de autonomía similar, como en Cantabria, La Rioja y Madrid (Sangrador, 1996, p.17). Otros avatares también han marcado su impacto, como el terrorismo, que matiza un proceso de diferenciación entre regiones más o menos españolistas y más o menos independentistas. Otras regiones que no habían sido consideradas con identidades históricas, al ser por decreto convertidas en Comunidades Autónomas; pero que tradicionalmente se asumían como colectivos con la identidad nacional española de siempre, han mostrado, aunque con muchas actitudes un tanto artificiales y artificiosas, una tendencia a demarcar sus diferencias específicas étnicas, culturales y lingüísticas.

De todas maneras, la adopción de una identidad española o una identidad de comunidad autónoma, en detrimento de la otra, puede encontrarse, con distinto grado de intensidad, entre todas las Autonomías. Sin embargo, no debe menospreciarse el efecto homogeneizador que los medios de comunicación masiva han tenido en los españoles y que podrían desdibujar las diferencias entre todas las comunidades autónomas y fortalecer, al mismo tiempo la representación de España como fuerte Estado-Nación, desde su recién estrenada europeidad (Sangrador, 1996, p.19).

La identidad nacional en España está en un proceso de reconstrucción, debido a las nuevas modalidades que ha adoptado el Estado español de las comunidades autónomas. La identificación de los ciudadanos con las comunidades autónomas descansa no sólo en el lenguaje, tradiciones comunes, hábitos culturales e historia, ampliamente

compartida, sino también en el territorio o espacio donde se dan todas esas relaciones. De acuerdo con Sangrador (1996, p. 25): “El sentimiento de pertenencia a un colectivo territorialmente determinado (local, nacional, europeo...) puede constituir, en consecuencia, uno de los fundamentos de la identidad social (y o colectiva, agregamos nosotros), es decir, se da un cierto lazo ideoafectivo del lugar en que se ha nacido, se vive y con los residentes de estos espacios.”

El grado de intensidad de la identificación territorial puede variar, según las personas de quienes se trate; por ejemplo, en un estudio sobre emigrantes, Béjar y Cappello (1988b) encuentran cómo las personas dispuestas a emigrar poco a poco abandonan muchas de sus valoraciones con respecto a sus hábitos, costumbres y las de sus connacionales, mientras comienzan a darles mayor importancia a los de la gente del país hacia el cual buscan emigrar. Sin embargo, la tierra, el suelo o el territorio simbolizado es una de las valoraciones más resistentes al cambio. Esta identificación con el territorio se proyecta hacia distinto tipo de dimensiones: vecindario, pueblo, ciudad, país, etc. Y es de gran relevancia teórica, en tanto que es un tipo de condición básica o protogénica de la identidad social.

Pasemos ahora a los resultados de investigación sobre esta dimensión de la identidad nacional:

En su estudio sobre los aspectos territoriales y la identidad nacional en las comunidades autónomas, Sangrador partió de un diseño que buscaba mostrar lo siguiente:

a) Se optó por un estudio independiente de los distintos ámbitos de identificación: local, autonómico, estatal (España) y supranacional (Europa), lo cual no impide hacer todo tipo de comparaciones posteriores entre las categorías seleccionadas. Se consideraron, por otro lado, dos vías de aproximación a la autoidentificación territorial muy cercanas, aunque no exactamente coincidentes:

-Grado de identificación con los distintos ámbitos territoriales o espacios geográficos (ciudad, comunidad autónoma, España y Europa), que hace hincapié en el territorio.

-Grado de identificación con los colectivos territoriales o grupos étnicos (europeo, español, el gentilicio de su comunidad autónoma, y el de la ciudad), que hace hincapié en los colectivos.

b) Con el objetivo de completar (y contrastar) los datos de la identidad territorial, se analizó también el grado de satisfacción de los entrevistados con la

propia comunidad autónoma y con España; ya que el grado de insatisfacción con dichas entidades influye en el grado en que se siente satisfecho con su propia identidad colectiva (comunitaria o española). Se intentó obtener datos de esta dimensión explicativa a través de varias preguntas planteadas a la inversa, con respecto a su propia comunidad autónoma y a España:

- ¿En caso de haber podido elegir, hubiera preferido nacer (criarse) en una comunidad autónoma distinta de aquella en que nació?
- ¿Le gustaría irse a vivir a otra comunidad autónoma distinta de la suya?
- ¿Habría preferido nacer en otro país?

Para realizar este estudio, Sangrador diseñó una muestra representativa de todo el país, por lo que sus hallazgos pueden considerarse confiables y válidos. La muestra seleccionada estuvo compuesta de 2,993 casos con un error probable de 0.05 y una confiabilidad de 0.95. Aunque la muestra para analizar la totalidad es absolutamente confiable, no lo es para los análisis de nivel regional. Para las Comunidades Autónomas de Galicia, Cataluña y el País Vasco, se aumentó el número de casos para obtener una mejor representatividad de las mismas.

La variable definitoria de identidad nacional se refirió como Sentido de Pertenecimiento, a tres niveles: Comunidad Autónoma (C.A.), País (España) y Unión Europea.

Los resultados (véase tabla 1.0) indican una elevada identificación con España (puntaje medio de 8.62), con la comunidad de origen (8.25). La identificación con Europa es claramente inferior, aunque tenga un valor relativamente elevado (6.81).ⁱ

Tabla 1.0			
Grado de identificación con los distintos ámbitos territoriales (0-10)			
Datos globales			
_____	Media_____	D. T.____	(N)
Localidad de origen	8.01	2.72	2,996
C. A. de origen	8.25	2.56	2,950
España	8.62	2.36	2,947
Europa	6.81	2.86	2,795

El análisis de los datos por comunidades autónomas nos indica que todos los miembros de esas comunidades se identifican ampliamente, tanto con su comunidad de origen como de residencia (ver tabla 2.0). No así cuando se refiere a la identificación con España. Mientras que los andaluces tienen índices de identificación muy altos (9.38) para sí y para España, los vascos muestran una identificación baja (5.71) con España. También en su identificación con la Unión Europea, los vascos muestran un índice bajo (5.20).

Tabla 2.0							
Grado de identificación con los colectivos territoriales, según la C. A. de referencia (promedios)ⁱⁱ							
	Andalucía	Castilla	Cataluña	C. Valenciana	Galicia	Madrid	P. Vasco
Otros	9.28	8.02	8.80	8.54	9.01	7.31	8.50
8.95							
Español	9.38	9.49	8.26	9.10	8.69	9.11	5.71
8.92							
Europeo	7.6	9.38	7.48	7.01	7.10	6.55	5.20
6.60							

En lo general, salvo Castilla y Andalucía, todas las comunidades autónomas (C.A.) favorecen más su identificación territorial que la de la Comunidad Europea.

Una forma de evaluar el grado de cohesión que las C. A. tienen con el Estado español es ver el grado de aceptación con respecto a otras C. A.; en este aspecto, los análisis de las actitudes que los ciudadanos pertenecientes a una C. A. tienen de las demás. En la encuesta de Sangrador (1994), se observa que la actitud al endogrupo, por parte de los ciudadanos, es mucho más favorable que hacia las otras C. A. La diferencia en una escala de 10 puntos es de aproximadamente 2.4 puntos. Esta diferencia es significativa estadísticamente al 0.05; podemos suponer que el grado de cohesión interna de las C. A. es alto, y en relación con España lo es también. El puntaje de actitudes favorables hacia España es de 8.41, índice mayor en comparación con la actitud observada hacia las C. A. (6.44). Hacia la Comunidad Europea, el índice de

favorabilidad actitudinal es de 6.94, muy cercano al que muestran cuando se analiza la favorabilidad actitudinal hacia las C. A. (6.44). En resumen, podemos aseverar que lo español aún juega un valor muy importante como fuerza integradora de las C. A. y, por ende, del Estado-Nación español.

Los Valores

Los estudios sobre valores han sido otra alternativa para analizar la identidad nacional. Se plantea que si se encuentra un alto índice de aceptación de ciertos valores en colectivos nacionales, éstos pueden ser considerados un indicador de la identidad nacional.

Tomás Calvo Buezas (1996), en un estudio comparativo de estudiantes españoles, portugueses y latinoamericanos, realizado en 21 países, tomó una muestra de 43,816 sujetos, a quienes se les aplicó un cuestionario que preguntaba sobre las preferencias de los encuestados sobre un sinnúmero de aspectos, como países, personajes, actividades, gustos, etc. El cuestionario constaba de tres bloques temáticos.

1. Relaciones interamericanas y relaciones España-América.
2. Valores de solidaridad y prejuicios étnico-raciales.
3. Valores de la adolescencia y juventud contemporáneas.

En el reporte de este programa, para la publicación del libro respectivo, sólo se tomaron en cuenta los datos del tercer bloque temático. Los núcleos del cuestionario aplicado fueron los siguientes.

1. Personajes más admirados por la juventud moderna.
2. Instituciones donde más se han enseñado la solidaridad y la orientación en la vida.
3. Confianza en las instituciones democráticas.
4. Intención de voto a partidos políticos de diversas tendencias ideológicas.
5. Permisividad sexual (divorcio, aborto, anticonceptivos, relaciones prematrimoniales).
6. Relaciones hombre / mujer.
7. Alcohol y tomar drogas. Corrupción Política.
8. Creencias y prácticas religiosas.
9. Actitud frente a la familia.
10. Número de hermanos. Número de hijos deseados.
11. Horas de televisión.
12. Nivel de felicidad.

De acuerdo con autores, sociólogos y psicólogos sociales, nos explica Smith A. (1991), la identidad nacional es un producto de la aparición del *Estado moderno* y se

expresa como un sentido de pertenencia a la representación social que se tiene del Estado-Nación. Sin embargo, también coinciden otros muchos en que la identidad nacional es el producto de una mezcla compleja de valores, actitudes, percepciones y ligas ideoafectivas, con los cuales el ciudadano forma su identidad nacional. Este libro que comentamos, con el tema de una investigación sobre valores, da lugar a percibir diferencias y similitudes en todas las variables investigadas entre cada país con los restantes estudiados.

Siendo todos países iberoamericanos, nos sorprende observar diferencias notorias entre ellos, pero también el que son diferencias de grado y bien podrían, con otro tratamiento de los datos, obtenerse indicadores de un cierto número de identidades semejantes y otras muchas diferentes. Tienen como semejanza el que todos los países estudiados están dentro de la matriz Estado-Nación, que por sus características estructurales y sistémicas ofrecen el mismo tipo de instituciones para alcanzar en su interjuego identidades nacionales propias y/o compartidas.

Lo interesante del estudio que comentamos es que ha sido dedicado a evaluar las actitudes, creencias y valores comunes a todos los jóvenes iberoamericanos, aún no plenamente ciudadanos, sino en proceso de formación. El gran mérito es haber podido realizarlo en todo el contexto iberoamericano, y a través de una amplia muestra representativa. Más allá del análisis formal del libro, por la respuesta dada a muchas de las preguntas del cuestionario, se puede constatar que muchas variables forman un factor común, y otras responden a diferencias propias del país del sujeto entrevistado. A este primer factor lo llamaríamos *el piélago iberoamericano*, ya que difícilmente podemos descubrir diferencias entre las respuestas que dieron los jóvenes. En cambio, el segundo factor contiene un sinnúmero de respuestas que permite diferenciar a unos de otros, en función de su país de origen. Curiosamente, todas estas respuestas están relacionadas con variables políticas (de instituciones modernas) y se refieren no a si sienten pertenecer a ellas sino, más bien, a distintas formas de percibir su participación.

Como en el estudio mencionado no existe la menor pretensión de hablar acerca de las identidades, y está dirigido a observar diferencias en la percepción de valores relacionados con el cambio, particularmente de abordamiento hacia una ciudadanía de los jóvenes, no se logra percibir las contradicciones entre las instituciones que buscan asegurar la permanencia de la memoria colectiva, frente al embate de los cambios políticos y de la globalización.

Sin embargo, si comparamos las respuestas de los jóvenes, con respecto a la moral individual y la moral política, observamos que hay un cambio de moral. Por una parte, una gran mayoría de los jóvenes muestra una actitud más permisiva ante los aspectos sexuales, la democratización en las actividades de género y en la responsabilidad doméstica. Podemos constatar que esta tendencia permisiva se integra en tres grupos nacionales: España, Argentina, Uruguay y Chile, como los más permisivos; México, Colombia, Costa Rica, Brasil y Puerto Rico, como medianamente permisivos, y el resto: Perú, Ecuador, Centroamérica (excepto Costa Rica), Paraguay y Venezuela, como los menos permisivos, pero permisivos al fin. Con relación a los aspectos de Gobierno y participación ciudadana, todos, con diferencias mínimas, responden críticamente ante la corrupción pública y ciudadana, pero otra vez hay un eje diferenciador entre países con mayor nivel educativo, mejor ingreso económico y mayor desarrollo urbano. Cuanto mayor es el desarrollo de los países en esos indicadores, mayor crítica contra la corrupción pública y privada. El estudio nos demuestra, sin excepción de países, que ya se ha instalado un proceso de cambio en valores públicos y privados que contrasta notablemente con el de sus antecesores.

La identidad nacional y el carácter cívico-político en México

Un tercer estudio que ahora comentaremos se refiere en realidad a un programa emprendido y continuado sistemáticamente desde 1981 hasta el presente que ha producido libros, artículos, numerosas reuniones y conferencias a lo largo de los años. Así como se puede estar seguro del momento histórico en que apareció el Estado-Nación, como paradigma organizativo de las sociedades modernas y contemporáneas, este estudio comenzó con la aparición de la primera edición del libro *El mexicano. Aspectos culturales y psicosociales* (Béjar, 2007). Este libro cierra un amplio lapso, en el que la identidad o el carácter del mexicano fue un tema de apasionantes discusiones y que, curiosamente, con otros nombres y otros gentilicios se daba también en toda Hispanoamérica. En la primera parte del libro, su autor se preguntaba: ¿Existe una manera peculiar de ser del mexicano? Nótese que la pregunta dispara hacia muchos lados pues, por una parte, nos remite a la psicología y, por la otra, a la naturaleza existencial del mexicano. Esto es, a un problema ontológico difícil de resolver, desde cualquier postura filosófica. Sin embargo, produjo una muy importante aportación de parte de filósofos, psicólogos, psicólogos sociales, sociólogos y literatos.

A nuestro modo de ver, una aportación relevante de Raúl Béjar radica en su marco teórico para definir el carácter del mexicano; dentro del rigor de las ciencias sociales, establece la idea de que todas las aproximaciones sobre este tema deberían ser fuente de hipótesis de investigación. Y sólo cuando se hubiesen tenido suficientes estudios en muestras representativas de individuos, se podrían considerar las características compartidas por todos los mexicanos. El énfasis en el empleo de muestras representativas de la población hace una velada crítica a muchos autores que personificaban al mexicano de manera peyorativa, volviéndolo compendio de todo tipo de estereotipos denigrantes, esto, sin haber siquiera tomado una pequeña muestra sistemática para generalizar apropiadamente sus resultados.

Tomando en cuenta la evaluación hecha por Béjar en su libro, Cappello (1983) señala la ingente necesidad de abordar el estudio de la identidad nacional desde una aproximación multidisciplinaria, dada la complejidad que la constituye. También plantea que es necesario partir de una definición estricta para realizar investigaciones empíricas, lo cual permitiría ir probando teorías de manera sistemática.

Por otra parte, Béjar señala que debe abordarse el estudio de la identidad nacional como un hecho que se deriva de su naturaleza sociopolítica, ya que ésta aparece como resultado del surgimiento de movimientos nacionalistas que pretenden crear un Estado-Nación propio. De esta manera acota el ámbito de la identidad nacional a las relaciones que se establecen entre la ciudadanía y el Estado-Nación. A este último lo define como un paradigma organizativo de las sociedades complejas. Para el propósito de la investigación, considera el Estado-Nación como un sistema integrado por instituciones (sociales, políticas, económicas y culturales), ciudadanos y territorio. Introduce la definición de la identidad nacional como el sentido (psicosocial) de pertenencia (adscripción sociopolítica) de los ciudadanos a las instituciones del Estado-Nación específico. Las instituciones son definidas como los espacios donde los ciudadanos especializan sus relaciones sociales.

Posteriormente, Béjar y Cappello (1986a) replantean esta construcción teórica al introducir un referente nuevo: el carácter cívico-político como representación del sentido de participación de los ciudadanos en las instituciones del Estado-Nación. Así, a los procesos psicosociales de la identidad nacional se les agrega la representación de los componentes de la acción ciudadana sobre las instituciones del Estado-Nación.

La identidad nacional y el carácter cívico-político, en tanto representaciones sociales de los ciudadanos referidas al Estado-Nación, son considerados las dos caras de una

misma moneda. Son los indicadores evaluativos de la representación social de la *conciencia nacional*. A partir de estos supuestos, Béjar y Cappello (1988a, 1988b, 1990) desarrollan un programa de investigación sobre la identidad nacional de los ciudadanos mexicanos. Mediante la aplicación a 14,808 ciudadanos, en muestras representativas estatales y regionales, de una encuesta sobre la identidad nacional y el carácter cívico-político, se obtuvieron datos de México, una comunidad de Estados Unidos y una española (como entidades distintas a México, para propósitos de comparación).

En el análisis de los resultados de la encuesta, se obtuvieron datos sobre el sentido de pertenencia y el sentido de participación en las instituciones políticas, culturales, sociales y económicas. Aparte, para propósitos de análisis, las instituciones fueron también caracterizadas en dos tipos: expresivas y directivas. Las primeras fueron consideradas como representaciones de entidades que despiertan reacciones ideofectivas, de simpatía, de cooperación y de solidaridad. Mientras las segundas se consideraron entidades que despiertan requisitos y normas *sine qua non* para ser aceptados en ellas (en cierta forma representan a la autoridad del Estado).

Los resultados obtenidos (Béjar y Cappello, 1992a, 1992b; Cappello, 1993a, 1993b, 1994, 1995, 1996a, 1996b, 1996c, 1998, 2002a, 2002b, 2003, 2003, 2005, 2007; Cappello, De Pedro y López, 2007) señalan que los mexicanos manifiestan un mayor sentido de pertenencia a las instituciones sociales, culturales, económicas y políticas, en ese orden. Sin embargo, los puntajes obtenidos en todas las instituciones fueron relativamente bajos, con excepción de los puntajes en las instituciones políticas, los cuales fueron extremadamente bajos. El sentido de pertenencia a todas las instituciones tiene puntajes más altos que el sentido de participación.

En la comparación con poblaciones extranjeras, encontramos que en relación con Sevilla, España (Cappello, 2002b), el sentido de pertenencia se manifiesta con puntajes más altos en México que en la población española, no así con respecto al sentido de participación, donde los españoles tienen puntajes más altos. Respecto a la comparación con la población norteamericana de El Paso, Texas (*Ibid*, 1994), donde la población norteamericana (65% de origen latino y 35% de origen anglosajón) ubicada particularmente en las instituciones económicas y sociales, obtiene puntajes más altos de sentido de pertenencia que los mexicanos (de Cd. Juárez, Chih.). Es en las instituciones culturales donde el sentido de pertenencia de los mexicanos presenta mejores puntajes que los de la población norteamericana. En relación con el sentido de

participación, excepto las instituciones culturales, en todas las demás la población norteamericana tiene un mayor puntaje.

Otras variables importantes estudiadas fueron la influencia de edad, género, educación, interés económico, tamaño de la población y región. Se encuentra que a mayor edad, índices más altos de pertenencia y de favorecimiento de las instituciones expresivas. El género influye: las mujeres tienen un mayor sentido de pertenencia y de participación que los hombres. La educación es una variable que incide de manera notoria: a mayor nivel educativo, mejores puntajes de sentido de pertenencia y de participación. El ingreso económico también muestra una gran influencia: a mayor ingreso económico, menor sentido de pertenencia y menor sentido de participación en las instituciones políticas, culturales y sociales; como contraparte, muestran mayor participación en las instituciones económicas. El tamaño de la población también denota una clara influencia: hay mayor sentido de pertenencia y de participación en las poblaciones menores, que en aquellas que exceden los 50,000 habitantes.

La conclusión de todos los estudios realizados desde esta perspectiva es que en todas las poblaciones de México existe un proceso creciente de desplome institucional, donde la identidad nacional y el carácter cívico-político se desdibujan. Esto implica que el paradigma de organización cívico político actual en nuestro país ha dejado de concitar el sentido de pertenencia y de participación, y, con ello, los resortes de la cohesión social están dejando de ser efectivos.

Se observa un notorio efecto de la globalización, no sólo en sus vertientes económicas y políticas, sino también en la organización social y en los procesos culturales. La movilidad migratoria de Sur a Norte y hacia Estados Unidos establece su impronta, justo con la creciente anomia que amenaza la cohesión cívico-política de los ciudadanos con las instituciones del Estado-Nación. Recordemos que las identidades, como todas las realidades socialmente construidas, son estructuras con lógicas internas de acción, pensamiento y sentimiento, que dirigen la conducta, interpretan la experiencia y proveen los materiales de que disponen los individuos y los grupos para dar sentido a su vida (Béjar y Cappello, *Ibidem*, 1990).

FUENTES CONSULTADAS

— Arizpe, Lourdes (2006), *Culturas en movimiento. Interactividad cultural y procesos globales*, México, CRIM/UNAM-Miguel Ángel Porrúa.

- Béjar, R. (2007), *El Mexicano. Aspectos culturales y psicosociales*, 7ª ed. corr. y aum., México, UNAM.
- Béjar, R. y Cappello, H. M. (1988a), *Sobre la identidad y el carácter nacionales. Un programa a mediano plazo*, México, CRIM/UNAM.
- _____(1988b), *La conciencia nacional en la frontera norte mexicana*, México, CRIM/UNAM, p. 56.
- Béjar, R. y Cappello, H. M. (1990), *Bases teóricas y metodológicas en el estudio de la identidad nacional y el carácter nacionales*, México, CRIM/UNAM.
- _____(1992^a), *Identidad y carácter nacionales en México. Estudio comparativo del Sureste con otras regiones de México*, México, CRIM/UNAM.
- _____(1992^b), *Identidad y carácter nacionales en el centro-norte de México; ciudades de Aguascalientes, San Luis Potosí y Zacatecas*, México, CRIM/UNAM.
- Blas Guerrero, A. (1997), *Escritos sobre nacionalismo*, Madrid, Editorial Nueva, p. 229.
- Calvo, B. T. (1997)), *Valores en los jóvenes españoles, portugueses y latinoamericanos*, Madrid, CEMIRA-UNESCO-Consejería de Educación y Juventud-Junta de Extremadura-Ediciones Libertarias Rodhufi.
- Cappello, H. M. (1983), “Crisis económica, identidad y carácter nacional en la frontera norte”, III Encuentro Nacional de Psicología Social, Las Palmas, Gran Canaria, España.
- _____(1993a), “Identidad y carácter nacionales. Estudio comparativo entre regiones del Occidente y del Bajío”. *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, Sociotam*. Vol. III, N. 2, UNAM / UAT, Tamaulipas. P. 7-39.
- _____(1993b), “Variaciones de la identidad nacional. Un estudio Empírico de la identidad mexicana y el carácter en seis regiones de la nación mexicana”, en Bonfil, G., *Nuevas identidades culturales en México*, México, Conaculta (Biblioteca Pensar la Cultura), pp. 9-37.
- _____(1994),”Similarities and Differences between Hispanics and Mexicans about their Nacional Identity and Nacional Carácter”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, Sociotam*, vol. IV, núm. 2, Ciudad Victoria, Tamps., México, pp. 43-66.

- _____ (1995), “Processes of Change in the Civic Political Identity and Character of Two Cities from the North-East of Mexico. Revisiting the Theory”, *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*, Sociotam, vol. V, núm. 1, Ciudad Victoria, Tamps. México, pp. 9-40.
- _____ (1996a), “Los procesos de globalización, la cultura política e identidad y carácter nacionales en México”, en Mato, D., *et al.*, *América Latina en tiempos de globalización. Procesos culturales y transformaciones sociopolíticas*, Caracas, Venezuela, UCV-UNESCO, pp. 9-40.
- _____ (1996b), “Economic Globalization Effects on the Identity and Character of Complex Societies. A comparison between Northern and South-Eastern populations of Mexico about their National Identity and National Character”, en Mendes, C. y Soares, L. E., *Cultural Pluralism , Identity and Globalization*, ISSC / UNESCO, Brasil.
- _____ (1996c), “Conciencia nacional a lo largo de la Frontera Norte de México”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*, Sociotam, vol. VI, núm. 1, Cd. Victoria, Tamps., México, pp. 9-26.
- _____ (1998), “Identidad nacional y carácter cívico político en dos regiones de México.- Comparación entre ciudades del norte y centro sur”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*, Sociotam, vol. VIII, núm. 1, Cd. Victoria, Tamps., pp. 51-74.
- _____ (2002a), “Identidad, carácter cívico-político y emoción en dos países: España y México”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*, Sociotam, vol. XII, núm. 1, Cd. Victoria, Tamps., pp. 169-237.
- _____ (2002b), “Globalización, identidad y carácter cívico-político. Estudio comparativo de Sevilla, España y cuatro ciudades mexicanas”, en Béjar, R., y Rosales, H., *La identidad nacional mexicana como problema político y cultural. Los desafíos de la pluralidad*, Cuernavaca, Mor., CRIM/UNAM.
- _____ (2003), *Transición socioeconómica y cambio en la identidad nacional*, Cuernavaca, Mor., CRIM/UNAM.
- _____ (2005), “Identidad Nacional y Carácter Cívico Político en el México de la transición política”, en Béjar, R. y Rosales, H., *La identidad nacional mexicana como problema político cultural. Nuevas miradas*, Cuernavaca, Mor., CRIM/UNAM,

- Cappello, H. M., De Pedro, A. y J. M. López. (2007), “El efecto de la globalización en la identidad nacional. Un análisis regional”, en *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades*, vol. XVII, núm. 1, Cd. Victoria, Tamps., México.
- Cappello, H. M. (2009), *Identidad nacional y carácter cívico-político en sociedades complejas. El caso de las sociedades española y latinoamericanas*, México, Plaza y Valdés, en prensa.
- Chihu A., coord. (2002), *Sociología de la identidad*, México, Miguel Ángel Porrúa-UNAM.
- Emmerich, G. E. E. y Alarcón, O. V., coords. (2007), *Tratado de ciencia política*, Barcelona, Universidad Autónoma Metropolitana-Anthropos, p. 22.
- Ericsson, E. (1950), *Childhood and Society*, New York, Norton.
- Gellner, E. (1989), *Cultura, identidad y política*, Madrid, Gedisa.
- Greenfeld, L. (1992), *Nationalism: Five Roads to Modernity*, Harvard University Press, p. 23.
- Giles, H. y Johnson, P. (1987), “Etnolinguistic Identity Theory: A Social Psychological Approach to Language Maintenance”, en *International Journal of the Sociology of Language*, pp. 66-99
- Hastings, A. (1997), *The Construction of Nationhood*, UK, Cambridge University Press.
- Hilgard R. E. (1962), *Introduction to Psychology*, 3a ed., USA, Harcourt, Brace & World, p. 3.
- Honneth, A. (1997), *La lucha por el reconocimiento. Por una programática moral de los conflictos sociales*, Barcelona, Crítica-Grijalbo Mondadori.
- Kennedy, John (1960), *Discurso de toma de posesión presidencial*, USA, Collected Papers.
- Merton, K. R. (1975), *La estructura social*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Morales, J. F. (1994), *Psicología social*, Madrid, Mc Graw-Hill/Interamericana de España, p. 787.
- Millar, David (1997), *Sobre la nacionalidad*, México, Paidós, p. 150.
- Rabbie, J. M. y Horwitz, M. (1969), “Arousal of ingroup-outgroup bias by change win or loss”, en *Journal of Personality and Social Psychology*, 13, pp. 269-277.
- Renan, A. (1882) “¿Qu’est-ce qu’une nation?”, Calman Levy, París.
- Ros, M., Cano, J. L. y Huici, C. (1987), “Language and Intergroup Perception in Spain”, en *International Journal of Sociology of Language*, 47, pp. 73-90.

- Rosa, R. A., Belleli, G., y Bakhurst (2000), *Memoria colectiva e identidad nacional*, Madrid, Biblioteca Nueva, S. L. (Ensayos), p. 22.
- Salcedo, A. J. A. (2001), *Multiculturalismo. Orientaciones filosóficas para una argumentación pluralista*, México, FES-Acatlán/UNAM-Plaza y Valdés.
- Sangrador, G. J. L (1994), *Identidades, actitudes y estereotipos en la España de las Autonomías*, Madrid, CIS.
- Tajfel, H. (1978), “The structure of our views about society”, en H. Tajfel y C. Fraser (eds.), *Introducing Social Psychology*, Middlesex, Penguin.
- Tajfel, H., y Turner, J. C. (1972), “Experiments in Vacuum”, en Israel y H. Tajfel (eds.), *The Context of Social Psychology*, London, Academia Press.

BREVE GUÍA DE LECTURAS

- Nebbia, A.F. y Mora M. (2004), *Análisis social e identidades*, México, Plaza y Valdés-UAM.
- Riutort, B.S. (2001), *Razón política, globalización y modernidad compleja*, España, El Viejo Topo.
- Friedman, J. (2001), *Identidad cultural y proceso global*, Buenos Aires, Amurrortu Editores.
- Rosa, R. R., Bellelli, G. y Backhurst, 2000 (Eds.) *Identidad Nacional y Memoria Colectiva*, Editorial Biblioteca Nueva, Madrid.
- Béjar, N. Raúl y Cappello, Héctor M. (1990), *Bases teóricas y metodológicas en el estudio de la identidad y el carácter nacionales*, CRIM-UNAM, Cuernavaca, Mor.
- Bejar, N. Raúl (2007), *El Mexicano. Aspectos culturales y psicosociales*. UNAM, México, D. F.
- Tajfel, H. (1978), “*The structure of our views about society*”, en H. Tajfel y C. Fraser (eds.), *Introducing Social Psychology*, Middlesex, Penguin.
- Erickson, E. (1950), *Childhood and Society*, Norton, New York.

ⁱ Esta tabla corresponde a la 3.2, de la investigación realizada por Sangrador (1994).

ⁱⁱ Sintetizada por H. M. Cappello.